



EL FANTASMA DE LA LIBERTAD

Friedrich Sell

EL FANTASMA DE LA LIBERTAD



Primera edición: septiembre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Friedrich Sell

ISBN: 979-13-88411-28-1

ISBN digital: 979-13-88411-29-8

Depósito legal: M-21701-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Heidi

Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es pura
coincidencia y no intencionada.

Prólogo

«La libertad, que en la primera escena de la película (*El fantasma de la libertad*, el autor) es la libertad política y social..., esta libertad pronto adquirió un significado diferente y se convirtió en la libertad del artista, del hombre creador, en la que el uno es tan ilusorio como el otro».

Luis Buuel (1991), *Mi último suspiro. Reminiscencias*. Ullstein-Buch 27537, 3.^a edición. Verlag Ullstein GmbH: Fráncfort a. M. y Berlín.

I. Sitges 1969

Los hematomas en la espalda y los muslos le dolían mucho menos en casa de sus futuros suegros que durante el trayecto en coche de Madrid a Sitges. La cama de la habitación de visitas aún no estaba hecha. Raúl se había desnudado y buscaba calor y cobijo bajo una colcha. ¡Con qué maravilla Elena lo había organizado todo! Literalmente, ella lo había recogido de la calle en el Campus de la Universidad Complutense, donde los «grises» habían golpeado desenfrenadamente a casi un centenar de estudiantes que se manifestaban y también a algunos profesores como él.

Raúl todavía se estaba congelando debajo de la colcha, así que se levantó y quiso subir la perilla del radiador, pero voces fuertes en la entrada de la casa, un piso más abajo, lo hicieron detenerse. Silenciosamente, se arrastró hasta la ventana exterior. Frente a la entrada de la casa había un gran Seat negro, como el que manejaban los taxistas en Madrid en aquella época, pero le faltaba el alegre y brillante «borde» rojo que lo adornaba, casi abarcando el oscuro vehículo de los taxis. ¿Ya había tenido tanto sueño que había pasado por alto el coche que se acercaba y luego se estacionó justo enfrente de la casa? No podía asignar el coche de cuatro puertas a nadie que conociera, ni siquiera a los amigos de Elena de Barcelona, que tenían un coche así.

Las voces eran extrañas, Raúl no podía oír a sus suegros de entre ellos. Obviamente estaban en silencio, pero tenían que estar ahí abajo, en el vestíbulo, pensó. Elena seguía todavía en camino para hacer recados. Así que voces extrañas le daban un sermón

a sus suegros. Luego se mencionó su nombre. Ahora sí le quedó rápidamente claro a Raúl de qué se trataba. A saber, se trataba de él mismo: las manifestaciones del día anterior en las universidades madrileñas y su participación en ellas. Las voces se hicieron más fuertes. Eran dos claramente diferentes, una aguda y estridente, la segunda profunda y penetrante, como un bajo Fender. ¿Qué hacer? Raúl decidió vestirse primero. Tan pronto como estaba en sus pantalones de pana, escuchó que alguien subía las escaleras de madera en su dirección. Un hombre, sin duda, pero obviamente no Pablo Jover, el padre de Elena.

—Baje, señor Santoro. ¡Tenemos que hablar con Ud.! —dijo el bajo de Fender con frialdad y amenaza al mismo tiempo.

—Inmediatamente. Estoy allí en un momento. Por favor, quédense abajo, ¡ya voy!

En el vestíbulo de la magnífica casa de campo clasicista, las luces del techo ardían intensamente. María, la madre de Elena, y Pablo Jover se habían parado en un rincón de la amplia habitación, justo frente a la puerta del estudio de Pablo. Allí se quedaron como un pequeño escuadrón de guardias, pero ya bastante intimidado, para proteger su propia privacidad. Raúl bajó el último escalón de la escalera y se dirigió directamente hacia los dos policías, si es que lo eran.

El bajo de Fender dio un paso hacia él, como si quisiera estrechar la mano de Raúl de manera amistosa. En lugar de eso, se balanceó con la palma de la mano y le dio a Raúl una sonora bofetada en la cara. La gran fuerza del golpe lo hizo caer de rodillas, y apenas pudo evitar una caída en el suelo de losa de piedra.

Ahora era el turno de la voz estridente, y este le dio una patada certera en el costado, casi a la altura de los riñones. Al fin y al cabo, Raúl perdió el equilibrio y se deslizó sobre el frío suelo de piedra justo hasta delante de los zapatos de cuero marrón de María, con los que ella se quedó temblando frente a él. María soltó un grito pequeño y agudo. Pablo se quedó a su lado como clavado en el lugar:

—Raúl, por Dios, ¿puedes levantarte? ¿Qué está haciendo Ud. con mi futuro yerno? ¿Se le permite hacer eso? ¿Quién le da el derecho de hacerlo? ¡Esto es una violencia policial descarada!

Los dos policías vestidos de civil no se adentraron más en María, no se dignaron a mirar a ninguno de los dos, ni a María ni a Pablo. El bajo de Fender agarró a Raúl por el cuello, se acercó a él. Raúl podía oler su loción para después del afeitado barato. De todos modos todavía tenía muchas náuseas por la patada en los riñones.

—Por cierto, Ud. regresará a Madrid inmediatamente el lunes por la mañana y se presentará en la DGS (Dirección General de Seguridad) en la Puerta del Sol, despacho 301 a. Probablemente sepa dónde está. Algunos de sus compañeros ya nos han «visitado» y han quedado muy impresionados con nuestras instalaciones. ¿No es cierto, Raúl? Trae tu identificación, ¡ah!, y tiempo, por supuesto. Si el trámite tarda más, te quedas a pasar la noche con nosotros de todos modos. Por lo tanto, ciertamente no estaría mal llevar encima un cepillo de dientes. Ah, por cierto, todavía no necesitas asesoramiento legal. Antes de que hayan transcurrido las primeras 72 horas ya sabes que de todos modos no tienes derecho a ello. ¡Los chicos del Viejo Profesor te lo confirmarán!

Raúl permanecía en silencio ante ellos. Él, el por lo demás tan elocuente abogado con exámenes sobresalientes, el mimado de Enrique Tierno Galván, su mano derecha, como decían algunos, pronto, muy pronto, como él esperaba, iba a serlo.

El bajo de Fender y la voz estridente no esperaron una respuesta de Raúl, sino que giraron sobre sus talones y caminaron hacia la pesada puerta principal de madera. Cautelosamente, Raúl les siguió, como para cerciorarse de que realmente habían desaparecido de la casa.

Eso fue un grave error. Porque, al llegar al marco de la puerta, la voz estridente se detuvo una vez más y se dio la vuelta abruptamente. Raúl bajó el paso. Demasiado tarde: con la mano izquierda, el agente le dio la segunda bofetada, no tan fuerte como la

primera de su compañero, pero sí más dolorosa. Las dos mejillas de Raúl se mostraban ahora brillantes, de un brillante rojo. Este procedimiento formaba parte del sistema de los empleados de la DGS: personas ni siquiera acusadas oficialmente eran humilladas e intimidadas de inmediato, preferiblemente avergonzadas frente a su propia familia.

Pablo Jover fue a su estudio y sacó del armario tres vasos de aguardiente y una botella de coñac.

—Toma un sorbo tú también, María. Eso suele ayudar después de un susto así. Dime, Raúl, ¿qué pasó en Madrid? ¿Por qué te metiste en el punto de mira de la DGS?

Raúl tenía pocas ganas de iniciar una discusión fundamental con sus futuros suegros sobre el régimen de Franco en general y la represión en las universidades estatales españolas en particular. Terminó apresuradamente su copa de coñac y se retiró a su habitación, que seguía siendo una habitación de invitados. Elena pronto regresaría de sus recados, así que, pensó, sería mejor aprovechar el tiempo para recuperar el sueño que había perdido durante la noche. Mientras todavía reflexionaba sobre si había «perdido» el sueño la noche anterior o si no se lo habían robado los «grises», finalmente se quedó dormido.

El despertar no pudo ser más agradable para él: sintió el calor del estómago y el pecho de Elena en su espalda. Elena, con su mano derecha, agarraba firmemente su pene y lo acariciaba vigorosamente mientras su mano izquierda masajeaba sus pezones. Al cabo de unos minutos, Elena se subió a horcajadas sobre él, pero el pene de Raúl estaba ahora completamente flácido, por lo que no podía introducirlo en su vagina. Decepcionada, Elena se dejó caer al otro lado de la cama.

—¡Qué puta mierda! ¿No habíamos tenido hasta ahora al menos esta ventaja sobre la gente del «régimen» para follar como Dios manda a cualquier hora del día o de la noche? ¿Estamos perdiendo el liderato aquí también? —preguntó Raúl

—¿Por qué dices «nosotros»? En principio, tú solo hablas por ti mismo, ¿no es así? —contestó Elena.

—Te acostaste con Juan? Dime, ¿es que soy el único aquí que se vuelve impotente?

—No digas cosas estúpidas. Venga, nos vestimos. Damos una vuelta por el paseo marítimo de Sitges. ¿De acuerdo?

—¡ESTÁ BIEN, ESTÁ BIEN, ESTÁ BIEN!

Elena se sentó al volante del Mercedes descapotable de su padre Pablo, un privilegio que en la década de 1960 solo se concedía a los catalanes adinerados. Raúl le contó, con bastante precisión y sin omisiones, la experiencia con la policía estatal española en casa de sus padres. Elena siguió sus explicaciones al principio aparentemente con calma, pero luego se podía ver su emoción, incluso su horror, cada vez más. Finalmente, se detuvo con el coche a un lado de la carretera.

—Entonces, debieron de habernos seguido anoche. No, tonterías. Acaban de llamar a Barcelona desde Madrid. Conocen la dirección de mis padres, así como mi nombre, desde hace mucho tiempo. Y de Barcelona a Sitges está a un tiro de piedra».

—Así debió ser, Elena. Lamento mucho que tus padres lo hayan presenciado.

—No te preocupes, Raúl, ellos pueden con esto, créeme. Aunque no los mires, Pablo conoce bien a Jordi (Pujol, el autor) desde hace mucho tiempo, confía en él, siempre dice que él será nuestro hombre después de Franco en Cataluña.

Y tenía razón.

Continuaron el viaje, ahora a un ritmo pausado, con el motor del descapotable ronroneando suavemente. En Sitges aparcaron no muy lejos de su cafetería favorita: el Montroig Café Sitges. Aquí podías sentarte cómodamente en un pasaje, casi como en Milán, protegido de la lluvia y el viento, especialmente ahora, a finales de diciembre. Y desde aquí también se podía llegar rápidamente al paseo marítimo, y eso sin sentarse «en el escaparate». Cuando volvieron a la calle, los tres se venían acercando directamente: Nick Steigert, su esposa Mary y su hijo, Sam.

Raúl conocía a Nick de Madrid, un periodista y escritor alemán que estaba bien conectado con la oposición ilegal española.

Amigo de Enrique Tierno Galván y de su mujer Encarnita desde varios años, hacía poco que había dejado de vivir en Madrid. Había regresado a Alemania, pero siempre volvía de vez en cuando a España como una especie de «saltador», como reportero de Radio Bremen. En el pasado, probablemente había sido otra estación de la radio, ¿tal vez la Südwestrundfunk?

—¡Hola! —les gritó Nick y les sonrió desarmante. Ni Raúl ni Elena tenían muchas ganas de encontrarse con ellos, pero ahora un breve encuentro no podía evitarse.

—¡Hola, Nick! ¿Qué haces en Sitges, vacaciones a cambio de año? —respondió Raúl. Elena sonrió tímidamente, no conocía a ninguno de los tres recién llegados.

—Sí, algo así. Nos encontramos con viejos amigos de Bulgaria aquí, los Antonov, que acaban de mudarse de Oporto a Barcelona y nos han sugerido una reunión aquí en Sitges. ¡Pero no llegarán hasta mañana!

—¿Sabes, Nick? Es un placer verte aquí, incluyéndote a ti, Mary, y a ti, Sam. Desgraciadamente, hoy ya estamos tomados, vivimos con los padres de Elena, no muy lejos de aquí. Por cierto, Elena y yo estamos comprometidas desde el pasado mes de mayo pasado. El año que viene nos vamos a casar. Pero mañana tengo que volver a Madrid, una historia estúpida en la DGS, tengo una citación. Volveremos a Sitges el próximo fin de semana. Por favor, déjame una dirección tuya, ¡me pondré en contacto contigo seguro!

Lunes por la mañana. Contrariamente a lo que pensaba Raúl, no se le permitió hacer el viaje solo de Sitges a Madrid. Durante el trayecto en tren fue escoltado por dos policías vestidos de civil. A Elena se le permitió acompañarlo a la Puerta del Sol, pero se le negaron los últimos escalones hasta la entrada de la DGS. A Raúl lo llevaron a una celda diminuta en el sótano, sin luz ni agua, y le quitaron las gafas de lectura antes de que cerraran la puerta. Tenía claro que los interrogatorios durarían ahora un máximo de 72 horas

antes de que tuviera que comparecer ante el juez de instrucción.

Una vez al día se le permitía entrar en una «sala de grupo», donde se reunía con otros activistas, otros profesores y estudiantes de las universidades madrileñas. El estado de ánimo general era sorprendentemente bueno, a pesar de la precaria situación en la que se habían metido.

El oficial de seguridad del Estado que interrogó a Raúl fue al principio muy cortés con él, pero eso cambió pronto.

—¿Dr. Raúl Santoro, nacido en 1935, en El Ferrol, Galicia?

—Así es.

—¿Vive en Madrid, calle Fortuny 36 a?

—Correcto.

—¿Participó en las manifestaciones de la Universidad Complutense de la semana pasada, a pesar de la conocida prohibición de reuniones?

—Sí.

—¡Dr. Santoro! Así que usted es nuestro experto partidista. Pues cuéntenos, ¿qué haces como «partidista urbano» en la (Universidad) Complutense? ¿No deberías enseñar Derecho Constitucional a nuestros estudiantes? ¿No te ha pagado de forma fiable nuestro leal Estado? ¿Te debemos un solo mes de salario?

—Tengo una espondilitis anquilosante severa. Les traje las radiografías correspondientes. Ya no deben mantenerme en una celda tan diminuta en una litera completamente gastada. ¡Sin luz! ¿Y dónde puso mis gafas?

El pequeño y rechoncho oficial de la Seguridad del Estado, equipado con un bigote fino, salió de detrás de su escritorio y se puso de pie frente a Raúl, que estaba sentado aunque no atado.

—¿Te pongo uno? ¿Sí? ¿Debería? ¿El señor Twister de la Ley? Tú mantienes la boca cerrada, a menos que respondas a mis preguntas, ¿lo entiendes?

Se abrió una puerta lateral y la luz de una habitación vecina llenó casi un tercio de la sala de interrogatorios por un momento.

—¿Qué pasa? ¡No quiero que me molesten ahora, por favor!

Una figura masculina, mucho más alta que el torturador de Raúl, se inclinó hacia él y le susurró algo al oído. Luego se marchó tan tranquilamente como había llegado.

—¡Ajá, así que te están protegiendo! Su futuro suegro, Pablo Jover, probablemente ha hecho todo lo posible por la ley. ¿Su hija Elena sigue tan bien como nos dijeron? ¡Entonces estás de mucha suerte con ella! Es solo que estas sinvergüenzas de clase media alta a menudo tienen dificultades para chupar. Todavía tienes que enseñarle eso. ¡No hay nada mejor, especialmente después del trabajo, creo!

El rostro de Raúl se puso rojo de ira, pero se mordió los labios. «No estropees el momento —pensó—, no estropees el momento...».

—Está bien, serás puesto en libertad por el momento bajo supervisión y solo temporalmente. Póngase en contacto con nosotros todos los lunes por la mañana aquí directamente. Ya se está preparando la acusación, pedazo de mierda.

El jueves por la tarde, Elena finalmente pudo recoger a Raúl en la DGS. Inmediatamente, los dos se subieron a su coche para regresar a Sitges. Por la noche, Raúl llamó a Nick Steigert por teléfono a su dirección de vacaciones y concertó una reunión para el viernes por la tarde en la playa de Sitges.

A las cuatro de la tarde, el sol de diciembre ya se debilitaba. Nick y Raúl se habían sentado al borde mismo del paseo marítimo y habían colgado las piernas dos metros por encima de la playa. Cerca de la orilla, los Antonov jugaban al voleibol improvisado con Mary, Sam y Elena. Era bastante ruidoso. Los dos hijos de Eustage y Silvia, Alex e Ivo, ambos un poco mayores y más altos que Sam, se divertían engañándolo. María y Silvia no estaban muy entusiasmadas con el juego de pelota y esperaban que los tres hombres hicieran sonar pronto el silbato para irse.

—¿Cuáles son tus planes, Nick?

—Oh, podría quedarme en la radio por el momento, incluso ascender a la dirección en Bremen, pero todavía estoy indeciso.

No tengo tiempo suficiente para mi trabajo literario. Tal vez me retire con mi familia al campo, al Breisgau, cerca de Friburgo. Ya veremos. ¿Y tú?

—Acabo de completar tres días de interrogatorios en la DGS. Te puedes imaginar que no fue bonito. Ayer hablé con Enrique (Tierno Galván) por teléfono durante mucho tiempo, por supuesto en códigos encriptados. Ya somos bastante buenos en eso, los dos hemos estado intervenidos durante mucho tiempo.

—¿Qué te aconsejó?

—Queremos unir fuerzas aún más. Los contactos con la oposición extranjera en París ya existen. Pero nuestro verdadero objetivo es fundar un partido socialista en el interior de España, un Partido Socialista del Interior (PSI).

—Eso significa que, a más tardar después de la muerte de Franco, se te aplica a ti la «política como profesión», citando a Max Weber.

—Absolutamente, no podemos dejar el campo a los demás. Hay algunos partidarios destacados de Franco en el *establishment* que ya han manifestado su interés en la futura democracia: Castiella, Fuego, Ridruejo, Fraga-Iribarne..., pero no podemos confiar en ellos.

—¡Probablemente tengas razón! Si puedo volver a hacer algo por ti en Alemania, ¡házme lo saber!

—Gracias, Nick. Te lo agradecemos mucho. ¡Nunca olvidaremos cómo te pusiste en contacto con Fritz Erler, Werner Matthöfer y otros en el SPD y la DGB para bien de Enrique en ese entonces!

Ambos se pusieron de pie y se dieron la mano, pero Nick evitó el tradicional «abrazo» español. Siempre había mantenido una «sana distancia» con Raúl Santoro, a diferencia de Enrique Tierno. Siempre había quedado una pequeña y última duda sobre su lealtad a Tierno. Nick se culpó a sí mismo por esto, porque Raúl no había dado motivos de desconfianza hasta ahora.

En realidad, esto le convenía a Raúl. Como un gallego bastante cerrado que era, la confraternización, sobre todo con los ex-

tranjeros, le parecía bastante extraña. Siempre se había mostrado escéptico ante los periodistas europeos interesados en el destino de España, como Nikolaus Steigert. ¿A qué se arriesgarían personalmente por la salida de Franco en caso de emergencia? «Nada, pensó, nada en absoluto».

A medida que el sol se ponía gradualmente, todos se subieron a sus coches. Nick y Eustage viajaron en el coche de Nick, un Giulietta Alfa Romeo que Nick había comprado después de recibir un pago de la equiparación de cargas del gobierno federal. Después venían en el coche de Eustage los otros Antonov, así como Mary y Sam. Elena y Raúl regresaron a casa de Pablo y María. Esta noche, por fin, se iba a hablar de la fecha de la boda.

—¡Realmente, siempre te las arreglas para aparecer en tiempos de agitación para mi familia, Eustage! Lo digo de manera positiva, por favor, entiéndeme.

—De lo contrario, me sentiría muy avergonzado, Nick. ¿Hay algo que pueda hacer? ¿Dar una propina loca o algo así?

—¿Cómo me ves? ¿Más como un periodista o más como escritor?

—¿No puedes ser las dos cosas al mismo tiempo? Graham Greene fue diplomático, agente secreto y también, y sobre todo, escritor. George Orwell fue tantas cosas... Malraux incluso se metió en política.

—Sí, sí, pero las vidas son fundamentalmente diferentes. Como periodista tengo que conocer a muchas personas, hacer que hagan declaraciones, entablar una conversación con ellas, atraparlas, a veces, incluso coquetear con ellas.

—¿Cuál es el problema? Todo lo que has enumerado lo sabes hacer de largo. Y ni siquiera tan malamente, te lo digo ahora, para que no te imagines nada al respecto...

—Y como escritor, no digo pomposamente: como poeta, necesito paz, recogimiento, incluso soledad para trabajar con sensatez. ¿O no?

—Siempre se puede volver allí de la ruidosa y colorida vida cotidiana, que también se necesita con urgencia para observar a sus personajes, para inventar sus historias, para luego formar una narración ordenada y densa a partir del caos que se encuentra en la vida cotidiana.

—Cumpliré 50 años el año que viene. ¿No es suficiente, esta riqueza de experiencia que he adquirido a lo largo de tantos años?

—Y mañana sucede algo que trastoca todo lo que ha sucedido antes, tus observaciones, tus percepciones y tus convicciones, y no estabas allí porque te sentaste solo frente a tu máquina de escribir. ¿Es eso lo que quieres?

Nick aminoró la marcha del coche. Habían llegado frente al apartahotel en las colinas de Sitges. Cubos de color negro grisáceo que, apilados uno al lado del otro y uno encima del otro, daban como resultado un conjunto que solo parecía estar sin ventanas. ¿Desfiguración del paisaje, como lo organizaba el Turismo todos los días, o un poco de magia de Hollywood? ¿En la España de Franco!?

